

Figuras de la ausencia

Del limitado repertorio temático del que puede echar mano un escultor figurativo, sobresale la figura humana. Deidades, seres mitológicos, santos y personalidades históricas han sido moldeados a nuestra semejanza desde tiempos inmemoriales. Les siguen, en un segundo plano, los representantes del reino animal, como puede ser la figura del caballo, que ha sido representada repetidamente con o sin jinete. Si se añade a este listado una manta de lana, de esas que se echan sobre la cama, ya hemos reunido los tres ejes principales en torno a los cuales gira la obra de la artista belga Berlinde De Bruyckere (*Gante*, 1964).

La figura humana nunca ha perdido popularidad entre los escultores. Juan Muñoz, Duane Hanson y Ron Mueck son ejemplos de artistas contemporáneos que, al igual que De Bruyckere, han recurrido a este imaginario para crear obras. En todos los casos, desde el *Laocoonte*, pasando por *La Piedad* de Miguel Ángel, hasta llegar a nuestros días, se percibe un intento por parte del creador de inspirar vida a la materia muerta. En este sentido, la obra de De Bruyckere da un revés inesperado a la tradición.

De Bruyckere crea las figuras, generalmente femeninas, con resina y cera. La artista está involucrada en el proceso de principio a fin. Fabrica los moldes y pinta el interior de los mismos para que los cuerpos aparezcan una tez blanca semejante a un mármol, y debajo de la piel dibuja un entramado de venas de distintas tonalidades. Selecciona personalmente el cuero con el que finalmente recubre la figura de los caballos. Haciendo uso de hilo y aguja, De Bruyckere cose los distintos cueros provenientes de diferentes caballos, hasta crear su escultura como un único ejemplar.

Una característica que destaca de su obra es que las figuras no muestran el rostro. A menudo no tienen cabeza, y si la tienen, ésta queda cubierta por una manta o por las largas crines de un caballo. Las mantas que cubren las figuras, unas dobladas y otras no, asumen diversos significados. La función primordial de esta prenda es la de dar calor, tan necesaria para poder conservar la vida. A nivel emocional, la manta aporta una sensación de amparo y de protección. Según la artista, esta segunda piel, que en poco tiempo absorbe nuestro olor corporal, no sólo tiene beneficios sino también alguna que otra desventaja: el peso de las mantas pueden llegar a asfixiar.

La muerte está presente en la obra. Por las venas que lucen debajo de la pálida piel parece no fluir la sangre. Los caballos adoptan posiciones retorcidas, imposibles de lograr en la realidad. Cuelgan de sogas y se balancean sobre caballetes. A pesar de que los posados no sean naturales, tampoco parece que sean artificiales. Y así como las figuras humanas no tienen rostro, el caballo sólo luce las orejas. No tiene boca, nariz, ni ojos. El ojo, ausente en la obra de De Bruyckere, es un elemento esencial en el propósito de crear la ilusión de vida. Aún hoy, el ojo desempeña una función mágica. *Pinocho* no despertó hasta después de que Ghepetto terminara de pintar el iris y la pupila. Y a pesar de ello, De Bruyckere ha logrado aquello que sus antecesores no consiguieron. En la historia, siempre han habido escultores empeñados en conseguir que sus figuras cobraran vida. Ella, sin embargo, ha sabido dar un giro inesperado al intento. Ha logrado dar la sensación de que los seres que representa están vivos y que alguien les ha robado el alma justo antes de nuestra llegada. El efecto que se consigue en el espectador, es que en vez de trasladar los pensamientos a otra parte, se concentre en la obra. Pone los pies en el suelo, y recapacita sobre la realidad actual.

Bianca Visser



Berlinde De Bruyckere.
Vista de la instalación,
Hauser & Wirth Zürich, 2004.